

© **Jorge Belarmino Fernández Tomás**

Mayo 2013

**Ésta es una publicación de la Delegación Azcapotzalco y
Para Leer en Libertad A.C.**

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Paco Ignacio Taibo II.
Formación y diseño de portada: Daniela Campero.
Ilustración de portada: Argel Gómez

Este programa es de carácter público no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el DF será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

AZCAPOTZALCO 1821

La última batalla de una
independencia traicionada

Jorge Belarmino Fernández Tomás

La guerra de independencia terminó en Azcapotzalco en una batalla que ninguna de las dos partes quería dar. Agustín de Iturbide se había levantado en armas contra el gobierno virreinal al que durante muchos años había defendido. Tras su declaración y el pacto con el último de los caudillos insurgentes, Vicente Guerrero, al mando del ejército de las tres garantías, surgido del plan de Iguala, estaba a punto de tomar la Ciudad de México. La llegada a Veracruz de un nuevo virrey, lo obligó a buscar una negociación más, como las muchas que había hecho en los últimos meses, mientras daba órdenes al ejército que comenzaba a cercar la capital, en espera de instrucciones, pero los acontecimientos se precipitaron. Ésta es la historia de esa batalla, la última, y de las razones y actos que llevaron a ella.

Paco Ignacio Taibo II

I La batalla

La vanguardia del ejército de las tres garantías dirigida por el coronel Anastasio Bustamante había ocupado las haciendas del Cristo y Careaga, estaba a una hora del Zócalo de la capital de la Nueva España. Agustín de Iturbide se había alejado de su tropa para conferenciar en Córdoba, Veracruz, con el recién llegado virrey.

Era el 19 de agosto de 1821. A primeras horas de la mañana el capitán Velázquez, de los trigarantes, había dirigido una operación de reconocimiento con 80 soldados rumbo a Tacuba. Poco después chocaron con una avanzada realista y Velázquez, tras un tiroteo, se replegó. Horas más tarde, al calor de los acontecimientos una fuerte columna al mando del capitán insurgente Nicolás Acosta, avanzó hasta chocar contra los gachupines en el puente entre Tacuba y Azcapotzalco, y bajo una recia lluvia cargó sobre los conservadores y los obligó a abandonar la posición.

Reaccionó el realista general Manuel Concha, que hacia las cuatro de la tarde y todavía bajo la lluvia, movilizó tropas desde Tacubaya a cargo de Buceli.

Cuando Bustamante se dio cuenta de lo que estaba pasando, que cada acción comprometía cada vez a una fuerza mayor y se estaban embarcando en la batalla por la Ciudad de México, se sintió atribulado. Las órdenes de Iturbide y las propias eran no comprometerse en ningún encuentro serio y esperar hasta el regreso del caudillo.

Pero en las actuales circunstancias podía resultar peor dejar solos a los hombres de la vanguardia, por lo que Bustamante fue hacia Azcapotzalco para reunirse con Acosta y juntos marcharon hacia la Hacienda de Santa Mónica. Sólo para chocar con las tropas realistas que habían salido de Tacubaya.

Bustamante ordenó a sus fuerzas, con las guerrillas de Guanajuato en la vanguardia, que cargaran a la bayoneta e hizo retroceder a los realistas hacia la Parroquia y Convento de los Dominicos en Azcapotzalco, donde se hicieron fuertes ocupando el atrio y los techos.

Cuando el parque de los trigarantes se estaba agotando Bustamante ordenó mover un cañón hacia la entrada del poblado que comenzó a bombardear a los realistas. Se inició un duelo artillero que provocó la muerte del equipo que manejaba la pieza.

La noche había caído y la lluvia persistente había encharcado la zona impidiendo la movilización de la caballería de los trigarantes.

Bustamante ordenó el repliegue y que el cañón fuera jalado a las líneas propias a lazo. En esa operación muere Encarnación Ortiz, conocido como El Pachón, un insurgente de Guanajuato.

Su muerte calentó los ánimos y además de fusilar a un teniente realista que tenía en sus manos los trigarantes

volvieron a la ofensiva y tomaron la iglesia. Los realistas se replegaron hacia el puente del Rosario.

La batalla fue costosa en bajas por ambos lados, cerca de 200 hombres de cada ejército cayeron muertos. Ambos partidos dijeron que habían ganado la batalla, pero fueron los realistas en derrota, los que se replegaron hacia el centro de la ciudad de México abandonando Tacuba, la hacienda de Clavería, Popotla y San Jacinto.

Ésta fue la última batalla de la Guerra de Independencia. Con este encuentro bélico y los posteriores pactos las puertas de la ciudad de México quedaron abiertas para el Ejército Trigarante. La independencia se consuma en días.

Pero, ¿de qué independencia estamos hablando? Este libro va hacia atrás tratando de resolver uno de los grandes debates de nuestra historia nacional.

II

El año de recomenzar

En febrero de 1818 quien observa de lejos puede pensar que del movimiento iniciado por Hidalgo y Morelos no hay ya sino un eco en agonía, y que la independencia no llegará. Pero la conmoción fue de dimensiones monumentales y el impulso general de Europa y los grandes sucesos en España siguen obrando a favor del cambio en estas tierras.

El edificio colonial creado durante casi tres siglos por la monarquía y la Iglesia católica está mellado sin remedio. Es así a pesar de cuanto cree lo alto de la pirámide virreinal, que se aferra al pasado. Su terquedad no estima como debe incluso las proporciones de la descomposición

interna, representada quizás sobre todo por la suerte de despóticos señores de la guerra en los cuales se convirtieron muchos militares realistas.

Francisco Javier Mina fue ajusticiado unos meses atrás y en el camino murieron Pedro Moreno y otras personalidades relevantes de la insurgencia, que hicieron causa común con él. Desapareció la Junta de Zitácuaro, formal heredera del Congreso de Chilpancingo y la Constitución de Apatzingán, y así el centro-occidente del país, cuna del movimiento, permanece en la escena sólo gracias a unos pocos tesoneros.

Muchos independentistas perdieron la vida o, fatigados, dejaron las armas o aceptaron el indulto ofrecido por las autoridades. Hay cierta actividad en la provincia de Puebla y otros puntos de la zona baja del altiplano y Oaxaca, y en la intendencia de Veracruz si bien los focos rebeldes continúan siendo numerosos no tienen coordinación, por el acoso que lleva a Guadalupe Victoria a guardarse permanentemente en la selva. El único núcleo del movimiento que se sostiene es el sur, con Vicente Guerrero a la cabeza.

Los infortunios de los últimos años tienen una relativa compensación: terminan con el caos que dominó a las filas insurgentes desde el sacrificio de Morelos, haciendo una limpia de elementos siempre de poca confianza o deformados en el duro camino de la lucha.

No hay más pugnas por la jefatura de la causa y se despejan las puertas, entonces, para una sólida reorganización. Alienta además la llegada de los niños que crecieron entre la guerra y hoy son hombres, representantes del recambio generacional.

Los aproximados seis millones y medio de habitantes del país están distribuidos en un centenar de ciudades grandes y pequeñas y decenas de miles de pueblos y rancherías. Sobre todo las comunidades indígenas pero no sólo ellas, se encuentran en lugares ocultos o semiocultos, por decisión propia o por las meras, extraordinarias proporciones del territorio novohispano: cuatro millones de kilómetros cuadrados.

Durante más de siete años, la mayoría de las poblaciones fueron tocadas de una manera o de otra por la insurrección. Atestiguaron o sufrieron batallas, encuentros, represiones, el ir y venir de los rebeldes cuando se hacen ojo de hormiga a las tropas coloniales. Por plazos o de manera sistemática la autoridad virreinal desapareció de su vista, dando oportunidad a la manifestación de malestares y sueños crecidos a lo largo de tres siglos.

El viejo orden está así alterado en diversos niveles y hay un curtido luchador preparado a aprovechar el momento. Entre el doce y el veinte de marzo de 1818 los oficiales insurgentes del sur se reúnen. Temen por la completa falta de dirección del movimiento en el país y están con la espalda contra la pared, acosados por las columnas realistas del coronel Armijo.

Guerrero cuenta con no más de ciento cincuenta hombres armados y hace unos meses cayó en acción su mejor compañero: Juan del Carmen, “un negro corpulento, de gran fuerza y agilidad, arrojado en el combate y diestro en el manejo de la espada, a pie y a caballo”, al que los realistas “tenían pavor”.

Pero entendiendo su nueva, enorme responsabilidad, Vicente sabe que hay condiciones para reeditar los

momentos de gloria en los cuales se inicio con Morelos. De la nada organizó entonces el levantamiento de las comunidades indígenas en el distrito de Tixtla, su tierra natal, que don José María le comisionó. Y de la nada, con la sola ayuda de Juan Encarnación, cumplió el encargo de reconquistar la intendencia de Oaxaca en los difíciles momentos tras el Congreso de Chilpancingo.

En 1818 la orden no viene de sus superiores sino de abajo. Eso le da un muy distinto y también muy alentador carácter, por la calidad de los jefes guerrilleros que lo confirman como jefe: Montes de Oca, Ocampo, Mongoy, Álvarez, Pablo Galeana, Bermúdez, Calvo, Anzures, De la Rosa, Velázquez, Frías, Tavera y otros, a quienes pronto se unirá Pedro Ascencio, que además del español habla náhuatl, otomí y mazahua y participó en la casi mitológica batalla del Monte de las Cruces.

La orden la da a la vez la monumental herencia que dejaron decenas de miles de hombres y familias de diversos modos involucradas en la lucha. Es algo realmente muy especial, producto de circunstancias que se dan pocas veces en la historia de una sociedad: un grito de liberación convertido en proyecto.

Hablamos de un proyecto no para unos cuantos, como sucede con el resto de los movimientos de independencia del continente. Estos se deslindan de la insurgencia mexicana pues representa una revuelta “del pueblo bajo”, una revolución social, y no sólo el esfuerzo por separarse del imperio español.

Guerrero es el depositario de los Sentimientos de la Nación, que Morelos y los suyos llevaron a la Constitución

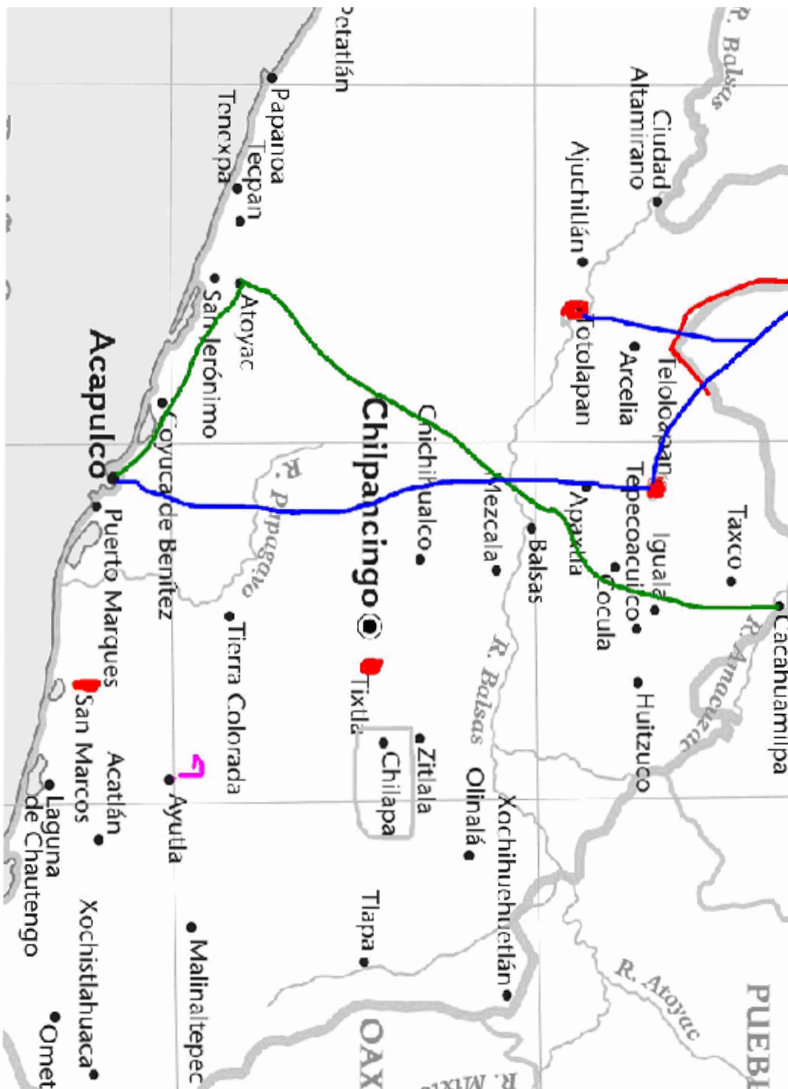
de Apatzingán, desde 1814 bandera de los insurrectos. Se reclama allí que la soberanía dimane del pueblo, a través de un congreso, en la forma de una república. Y asimismo una mayor igualdad, con el fin de la esclavitud y del sistema de castas, la reducción de horarios de trabajo y la desaparición del tributo pagado por los indígenas, las alcabalas, los estancos, que son impuestos y monopolios del Estado.

La última voluntad de la Junta de Jaujilla cuenta muy poco en este sentido, por su controvertida jefatura y sus discutibles disposiciones. Lo determinante es la voluntad de los surianos de crear una dirección política propia y servir así de nuevo centro al movimiento. Conociendo las trayectorias pasadas y futuras de estos hombres, puede apreciarse cuánto de entrega hay en un acto al cual se habrían negado de haber otra alternativa. Nada define mejor a la absoluta mayoría, que la ausencia de aspiraciones personales. Conmueve detenerse siquiera un segundo a observar a ese pequeño grupo de guerrilleros, cuyo gran escenario son las sierras y costas de un territorio separado “de los puntos más civilizados (...) casi sin relaciones con ellos”, donde nació y se sostuvo el ejército de don José María.

Están prácticamente solos, frente a un ejército con enormes recursos de toda clase y una larga experiencia, y contra unos poderes de hecho y de derecho otra vez convencidos de que terminó el insufrible desafío de los miserables del país.

En realidad Guerrero y los suyos se encuentran en la peor situación desde 1810. Apenas en julio pasado el caudillo estaba en condiciones de prometer a los independentistas de Michoacán y Guanajuato que acudiría en su auxi-

lio. Cuando éstos fueron presos, muertos o dispersados, la columna de Armijo, a la cual parecía a punto de ganársele la salida de la provincia del sur, se reforzó, y a partir de entonces Vicente y las partidas que actúan en la costa retroceden o se ocultaron sin remedio.



Aun así ahora acuerdan lanzarse a la ofensiva, con la confianza en extenderse más allá de sus zonas habituales. Y casi de la noche a la mañana consiguen el primer objetivo. En la zona norte, entre Taxco y Cacahuamilpa, para servirles de refugio fortifican el cerro de Santiago, y en San Gregorio atacan al núcleo del enemigo y durante la retirada le hacen la vida imposible.

De tal modo lo obligan a exponerse al “mortífero clima” de la región. Un sorpresivo golpe tras otro, inutilizándole piezas de artillería, no le dejan más que el retiro del estratégico distrito de Teloloapan, no importa si momentáneo, que enciende de nuevo la cólera de las comunidades, por la ira con la cual los virreinales se cobran en ellas. Mientras, los alzados aprovechan para la construcción de una maestranza dónde fabricar material de guerra, y para el formal establecimiento de la Junta de tres miembros, en la cual no participan.

Armijo vuelve a la carga penetrando el corazón de las áreas rebeldes hasta los confines, en la desembocadura del río Balsas. En un par de horas, los grupos bajo el comando de Guerrero y Montes de Oca les causan doscientos muertos y ciento cincuenta heridos, toman gran número de presos y se hacen de todo el cargamento realista. A cambio ellos pierden apenas ocho hombres.

Con un inmediato, nuevo triunfo, las guerrillas disponen de 1500 hombres organizados. En siete meses, pues, los combatientes se multiplicaron por diez y tienen en su poder armas ligeras y cañones en número suficiente para que emprendan una campaña en regla. Reconquistan la Tierra Caliente, y al atacar ambos costados del río Mezcala,

de vital importancia, ganan Coyuca, Ajuchitlán, Santa Fe, Tetela del Río, Huetamo, Cutzamala, Tlachapa... Entretanto, Pedro Ascencio hace progresos entre Iguala y Taxco.

De vuelta reparemos en el significado del fenómeno. Los pueblos de estos agrestes lados entregan luchadores sin parar y dan cobijo a la causa. Quién sabe cuánto conocen el ideario plasmado en la Constitución, pero lo perciben en la cotidiana acción de las guerrillas, que a diferencia del accidentado comportamiento de los insurgentes de distintos lados en los años recientes, no les agraden y sacan la cara por ellas ante los excesos de los realistas.

En resumen, la revolución renace con un ímpetu que podría compararse al de 1810.

III

El caudillo del sur

José Mancisidor, el historiador y militante de izquierda, dibujó así a Vicente Guerrero:

“—Guerrero, usted que habla el mexicano, diga a estos naturales que están libres, y que si quieren seguir nuestras banderas que los recibiré con gusto.

“Guerrero obedeció la orden de Morelos y consiguió que los indios de Tixtla se incorporaran a sus fuerzas.

“¿Quién era Guerrero? ¿De dónde venía? ¿Cuáles eran sus méritos y cuáles sus hazañas militares?

“El pasado de este oficial se perdía en lo ignorado. La primera referencia sobre su persona era ésta. Y su primera actuación sobresaliente, aquélla, aunque ya en el ejército insurgente ostentaba el grado de capitán y sus compañe-

ros lo tenían por soldado cumplido y valiente, lo que era fácil descubrir en sus miradas vivaces, que iluminaban su bronceado semblante, y en la aquilina nariz, que le daba un aspecto enérgico y audaz.

“Alto, fuerte y ágil a la vez, Vicente Guerrero constituía un bello tipo humano. Su gravedad y su resolución explicaban por qué Morelos, que tan justamente sabía aquilatar el valor de los suyos, se había fijado en él, y por qué las gentes de su rumbo, que lo conocían, lo amaban. Durante no pocos años lo habían visto transitar, sobre la ruta de Tixtla y la Costa Grande, dedicado a la arriería.

“Pero, ¿dónde se incorporó a la Revolución? ¿Con qué jefe? ¿Con Morelos directamente? ¿Con Galeana? De su niñez, de su juventud, de sus familiares, poco se sabía, sólo que procedía de una humilde familia campesina; que sus padres se llamaban Pedro Guerrero, realista convencido, y María Guadalupe Saldaña, sencilla mujer que había visto partir a su hijo con doble pesar, porque no era éste uno de los viajes acostumbrados en la vida del arriero y porque su esposo don Pedro no sólo evitó ayudar a su hijo Vicente, sino que prohibió toda comunicación con él, cuando el hijo se decidió a secundar a Morelos en su lucha por la Independencia de la patria. Vicente Guerrero era el hijo único que, aparte de sus padres y su casa, dejaba tras de sí, para ir a esta aventura, a la pequeña Natividad, producto de sus amores con María Nieves, mujer del pueblo que, allá por los Arenales, se había enamorado del arriero...

“Allí, en Tixtla, pasó su infancia, sin otro maestro que la vida y sin otro horizonte que el que reducían a mínima expresión las bastas y negras montañas que rodeaban

el rústico paisaje. Guerrero no venía, como Hidalgo, de los medios culturales de la Nueva España, ni era como Morelos, un genio; pero, en cambio, la quemante tierra y las inhóspitas serranías le dieron su carácter. Luchando día a día y desde sus tiernos años contra las fuerzas ciegas de la naturaleza y el medio social en que vivía, adquirió su excepcional, indomable fortaleza de ánimo, que le permitió desafiar peligros y dificultades, privaciones e infortunios. Guerrero tenía, de la abrupta serranía, su dureza; de los bosques y montañas, su persistencia; de los torrentes y los ríos, su ímpetu demoledor. Así recorrió, endurecido en el trabajo, selvas, llanuras y serranías sin fin para conducir, antes que a sus tropas triunfadoras, sus dóciles atajos cargados de ricas mercaderías confiadas, por igual, a su valor y a su honradez. De su fortaleza de carácter dio pruebas, muy pronto...”

IV

Iturbide

Aprovechando el bicentenario de la Independencia, en septiembre de 2010 la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México exhibe los restos de Agustín de Iturbide, y en el altar mayor de la antigua Basílica de Guadalupe se presenta la Gran Pieza Histórica sobre la Independencia de México, una obra musical escrita en 1822 o 1823, que canta las glorias del primer Emperador de México.

La alta jerarquía eclesiástica nacional asume, pues, la más descarada parte del proyecto de la derecha política e intelectual del siglo XXI, para imponer una nueva ima-

gen sobre el proceso iniciado en 1810. Entretanto algunos historiadores seleccionan la información que el propósito precisa, y se refieren al contacto que Miguel Hidalgo tuvo con Iturbide en los comienzos del movimiento. Quieren tomarnos por sorpresa con una tontería, y olvidan decir que no había nada de extraño en el hecho.

Los oficiales realistas son el grupo más abundante en las conspiraciones previas al 16 de septiembre de 1810, y a ellos apelaron los capitanes Allende, Aldama y Abasolo luego de la revuelta. Porque representan al espíritu criollo en el cual se sustentan las aspiraciones independentistas, hasta la noche en que el párroco de Dolores concreta las casi puras palabras de los conspiradores, para en un vuelco genial abrir las puertas al bajo pueblo, dando inicio a algo distinto: una auténtica revolución.

Sí, a Iturbide se le conectó, pero no sólo no siguió los pasos de sus iguales que acompañaron a don Miguel en la gran aventura: los combatió brutalmente. Luego aseguraría que su propósito era detener el baño de sangre del *cura loco*, y no se refirió a las razones de ser un furioso enemigo de Morelos, quien hacía hasta lo imposible por evitar los naturales deseos de venganza y los inútiles destrozos.

De hecho su comportamiento no tiene que asombrarnos. Los llamados criollos por su lugar en la sociedad y no por la “pureza de sangre”, llevan dos siglos creando una identidad, y hace cuatro décadas sus sectores más avanzados toman ideas liberales de distintos tipos.

Uno de esos sectores fue el que en 1808, a través del Ayuntamiento de la Ciudad de México, dio los primeros anuncios del profundo malestar criollo. Su iniciativa, que se

reclama como el precedente inmediato de la independencia, fue detenida por la acción de las fuerzas más retardatarias, que dirigía Gabriel de Yermo, un rico comerciante español. Iturbide simpatizó con este golpe de mano.

El militar recibió luego la guerra como la gran oportunidad para encumbrarse profesional y económicamente, y mucho más: inaugurar con otros los cacicazgos militares. Joaquín de Arredondo, el comandante que hace y deshace a su antojo en las Provincias Internas de Oriente, retando al propio virrey, sirve de ejemplo a Iturbide.

Éste mide mal las circunstancias, sin embargo. Cuando alcanza su mayor grado en la milicia, tiene como campo de acción no las semiolvidadas tierras del noreste. Es comandante de las columnas de Guanajuato, región de una importancia económica sólo superada por la capital colonial y en pleno corazón del reino.

El cargo lo recibe en reconocimiento a sus habilidades y a su dureza, que llega al colmo el 29 de octubre de 1814. Ese día promulga un bando según el cual daba setenta y dos horas para que las esposas e hijas de insurgentes se unieran a sus maridos, donde quiera que estos se hallaren, amenazando a las que no lo hicieran con la detención.

Como resultado, más de un centenar de mujeres de Pénjamo, del rancho de Barajas y de otros puntos de Guanajuato fueron encarceladas durante cuatro años. Varias murieron de enfermedades en prisión, otras fueron violadas por los soldados, algunas perdieron a sus hijos, y tratadas como rehenes, se les amenazó con diezmarlas si sus parientes seguían combatiendo.

Ya comandante, prueba fórmulas parecidas a las de Arredondo. Responsable de la vigilancia armada de los

convoyes que transportan mercancía, maniáticamente acosados por las partidas insurgentes, se convierte en ventajoso comerciante. Al transportar azogue imprescindible para el beneficio de las ricas minas de plata de la zona, hace que las mulas de su propiedad lleguen antes que las de la competencia y logra mejores precios. Se vuelve monopolista del algodón y del grano, comprando a través de intermediarios cosechas que en tanto jefe militar obliga a vender, so pretexto de su posible caída en manos de los rebeldes. Y en cualquier oportunidad detiene transportes o los distrae, a de modo de encarecer los productos que cargan.

Sus cartas de negocios son un río, en comparación a las enviadas al virrey sobre la guerra. Todo aprovecha, y recomienda a la máxima autoridad que se permita sembrar a los pueblos insurrectos, a fin de expropiarles la cosecha. Desde luego, con ello busca el beneficio propio, empleando a comisionados.

Sin duda en esta época Iturbide se da cuenta de que su futuro no está en el regreso a la paz y el viejo orden, al menos hasta consolidar su fortuna y posición. Confirmaría la idea enseguida, cuando una serie de las casas comerciales más conservadoras de la región lo acusan formalmente por sus actividades ilícitas, entre ellas la de su antiguo protector, el Conde de Rull, y las de la familia de Lucas Alamán, el futuro ideólogo del partido conservador.

Agustín es llevado a juicio y queda suspendido de todo cargo. El presente y el porvenir se le oscurecen súbitos, dramáticamente, y de seguro termina por quedarle claro que la restitución de las condiciones previas a la guerra no le depararán nada bueno. ¿Por ello se da al juego, la

pasión amorosa y el alcohol, y derrocha buena parte de sus riquezas, ligando su nombre al de la Güera Rodríguez, la celeberrima cortesana de la época?

Como sea, caso, este par de años de ocio en la Ciudad de México, no lo convierten en un borracho callejero y aumentan sus amistades entre la “gente de bien”. Llama la atención, por ejemplo, que justo entonces, cuando se le supondría mirado con recelo por las jerarquías superiores de toda clase, sirva de padrino, ni más ni menos, en la ceremonia en la cual Bernardo Martínez y Ocejo es elevado a obispo de la diócesis de Sonora, Sinaloa y las Californias.

Se trata de gente de bien que defiende el culto a los valores más tradicionales. Entre ella está tal vez también, el mismísimo presidente del tribunal de la Santa Inquisición, Matías Monteagudo, quien fue confesor de Iturbide durante el juicio que le siguieron las autoridades. El religioso es uno de los más siniestros personajes de la colonia, encargado de velar por la pureza de la fe.

Monteagudo preside la inquisición por sus buenos oficios en el golpe de Yermo. Como diversos prelados, gusta de la política y del correr de la sangre. El Tribunal en su conjunto alienta la guerra santa contra los insurgentes y santifica su destrucción excomulgándolos como hijos del diablo. Condena a muerte a Hidalgo y Morelos y anima o avala la práctica de colgar en lugares públicos las cabezas de los rebeldes ajusticiados.

No disponemos de mayores detalles sobre sus vínculos, pero está claro que don Matías tiene en mente a Iturbide, pues a él apela cuando a las altas esferas novohispanas se les exige tomar una drástica decisión.

V

Un imperio que se derrumba

Como sabemos, los orígenes del movimiento independentista son propiciados por los grandes sucesos que se producen en España, que continúan interviniendo en la vida de la colonia durante los próximos años. Primero influye la invasión napoleónica, luego el establecimiento en 1812 de una monarquía constitucional, y en 1814 la restitución del absolutismo.

El corazón del imperio español está en crisis. Las extraordinarias transformaciones que a partir de la Revolución Francesa se producen alrededor suyo, exhiben la terrible debilidad de una monarquía incapaz de entender el mundo moderno. La mejor representación es Fernando VII, a quien la historia conocerá como el *rey felón*, por la larga serie de infamias cometidas, sin faltar las que involucran a su familia.

Eso se refleja de inmediato en la Nueva España y en las demás posesiones americanas. Aquí traen la activación de los grupos de poder, que reconocen las diferencias entre sí, aunque las mantengan ocultas tras el regreso del absolutismo.

Entre marzo y abril de 1820 llegan las noticias sobre levantamientos populares en la metrópoli, que obligan al rey Fernando VII a aceptar de vuelta unas Cortes representativas y una Constitución. El anuncio viene acompañado de un segundo: la decisión de las autoridades de La Habana, Cuba, de apoyar el cambio.

“El virrey (Apodaca), los altos empleados del gobierno, el clero y no pocos españoles —dice Julio Zárata— que

desde la primera época del régimen constitucional previeron el inmenso apoyo que ésta daría a los defensores de la independencia, se alarmaron profundamente y el primero resolvió no hacer variación ninguna mientras no recibiese órdenes del gobierno de Madrid.”

El tema de las relaciones Iglesia-Estado es particularmente sensible, por cuanto en ellas se sostiene la estructura de la colonia. Reimplantar el régimen constitucional de 1812-1814, representa el desmantelamiento de la propia Inquisición; la expropiación de bienes eclesiásticos; el fin de los fueros de los cuales gozan los religiosos, que entre otras cosas los hace inmunes a la justicia civil; la orden de desaparecer a las órdenes monásticas y de reformar el clero llamado regular.

Matías Monteagudo convoca en torno suyo a las personalidades más recalcitrantes. El esmero en borrar las huellas de las tertulias y la correspondencia intercambiada, no deja registro ni de los participantes ni de los acuerdos. Puede presumirse la intervención de antiguos titulares de la Real Audiencia, encargada del poder judicial, con un peso sólo inferior al del propio virrey; de obispos como el de Puebla y Guadalajara; de miembros de la nobleza y grandes propietarios.

El propósito de las reuniones en La Profesa, según se conoce al templo de San Felipe de Neri, en la Ciudad de México, por ahora es impedir el reconocimiento de las medidas tomadas en España. Se les adelantan sin embargo los comerciantes del puerto de Veracruz, siguiendo los pasos de La Habana.

La actitud de este rico grupo de empresarios, que en principio parecerían hostiles a todo cambio, se explica

por las ventajas que han encontrado en una cierta liberalización de su actividad, al importar mercancías de donde más les conviene. Amenazan con un motín armado, por la oposición del gobernador de la intendencia, quien cede casi el mismo día. En paralelo las grandes familias de Mérida y de la ciudad de Campeche toman el mismo acuerdo, y enseguida los ayuntamientos de Xalapa, Alvarado y Talaco-talpan hacen otro tanto. Actúan con la correcta presunción de la resistencia del virrey.

Apodaca, que llegó a nuestras tierras en 1816 y tiene firmes convicciones absolutistas, manda llamar a Iturbide, al parecer escuchando recomendaciones de La Profesa. Según una buena fuente, ante el retrato de Fernando VII, entre las “más doloridas expresiones” el virrey expone al militar “la opresión” que sufre el monarca, a quien “se le había arrancado el juramento” de la Constitución con “violencia”.

Presentar así las cosas no es sólo apegarse a la verdad: presume la ilegalidad de aquel acto y pone sobre la mesa el empleo de la fuerza como el medio a través del cual se dirimen las grandes cuestiones. La charla se produce antes de la decisión de Apodaca de reconocer los hechos en España. La respuesta de Iturbide la resume así Lucas Alamán, el ideólogo conservador: “Ofreció sus servicios, pero reconociendo muy bien que la causa que iba a defender no podía sostenerse, sólo trataba de asegurarse de un mando, y de dar el primer impulso a una revolución, que podría dirigir después según sus intentos”.

A primera vista Alamán le otorga falsamente a Iturbide una iniciativa que nace y en los meses a continuación se desarrolla en el seno de los conspiradores dirigidos por

Monteagudo. Hay que estimar sin embargo, el vasto, variado círculo social al cual para entonces pertenece el militar con licencia.

Con la cercanía a La Profesa, el hombre adquiere nuevas amistades o las fortalece. No sabemos bien a bien hasta dónde se extienden entonces y cuán íntimas se vuelven, pero no resulta absurdo pensar que alcanzan a otros personajes muy influyentes, además de Monteagudo. Una de esas amistades quizás inició años atrás y, por lo que veremos un poco más adelante, conviene subrayarla: la de Juan José Espinosa de los Monteros.

Éste es el miembro de una familia criolla de Sinaloa, que recibió su formación religiosa y política del hoy obispo de aquella diócesis, de ideas profundamente conservadoras y a quien Iturbide, por cierto, sirvió de padrino al recibir el cargo. Vemos pues al próximo hacedor de la independencia, rodeado de las personalidades más retardatarias de la colonia. ¿Rompe con ellas para cumplir su “misión histórica”? ¿Deja de frecuentarlas de súbito, cuando el virrey le encarga la comandancia del sur, a la cual acaba de renunciar Armijo, el inútil perseguidor de Guerrero?

Contra lo escrito sobre el tema, creo que el ahora teniente coronel mantiene siempre el contacto, de una manera o de otra, con al menos algunos conjurados de las reuniones a las cuales convocó el inquisidor.

VI

Los dos seres más distintos entre sí, en acción

Guerrero y los suyos continúan librando el duelo a muerte con el coronel Armijo. Objeto de una persecución obsesiva,

con saña, organizados en pequeños grupos desaparecen en las sierras como si la tierra los tragará, y retornan cuando y donde menos se espera.

En las montañas de Tlatlaya, Ascencio resiste una ofensiva tras otra, con el toque genial de los mejores tiempos de la insurrección, sin importar las crecientes tropas de refresco que envían en contra suya, y talan los montes al paso. Desde allí tiene siempre a la vista de Taxco, la entrada al sur, y lo mismo amenaza caer por detrás a las columnas empleadas contra sus compañeros, que desplegarse por el altiplano.

Estos, luego de la secuencia de extraordinarias victorias en la desembocadura del Balsas, dirigidos por don Vicente se extienden a lo largo de la cuenca de ese río madre de la región, hasta la Mixteca. En el camino de los virreinales no hay punto de reposo, entonces, las ofensivas de Armijo fracasan casi por sistema y la insurgencia parece inamovible.

Apodaca desespera por la situación, repetidamente urge resultados y hacia el fin de la primavera, estación de sequías, escribe al coronel: “Reitero a V.S. lo que le digo en otra orden de esta fecha: que sin perder momento tome cuantas medidas sean conducentes (...) pues sería muy perjudicial que llegasen las aguas sin haber exterminado a esos malvados”.

Pero llegaron las lluvias “sin que Armijo pudiese alcanzar ninguna ventaja (...) y durante esa época más dificultades tuvo que contrastar (...), ya no para vencer sino para defenderse de las briosas acometidas” de los independentistas, anota Zárate y continúa:

“Situados los destacamentos de Armijo a grandes distancias los unos de los otros y en parajes despoblados, eran fácilmente arrollados (...) por los dos cuerpos que obedecían, respectivamente, las órdenes de Guerrero y Pedro de Ascencio. Este sistema de guerra, únicamente defensivo, daba toda la ventaja a esos caudillos que durante la época de lluvias lograron poner en pie de guerra más de dos mil hombres armados y disciplinados”.

El realista pide más y más tropas al gobierno y todo resulta inútil. A fines de septiembre, y reuniendo las apreciables ganancias que obtuvo de los turbios negocios acostumbrados por los militares, presenta su dimisión, concluye el historiador.

Cuando en el invierno Iturbide es el nuevo encargado del sur, los insurgentes consolidaron sus posiciones militares y con la población, que los ampara, les entrega sus hombres, les sirve de espía, los ve como la única defensa contra un régimen cada vez más tiránico.

De tal modo la aspiración de independencia tiene un preciso sentido social y político: por ella es viable la justicia y la libertad. Lo es al modo de Morelos, antes, y ahora de Guerrero.

Iturbide sale a combatir a éste y los suyos, el 16 de noviembre de 1820. El 18 escribe a Apodaca solicitándole que lo refuerce el regimiento de Celaya, de todas las confianzas del militar, pues con él cometió los destrozos en Guanajuato, tras los cuales perdió el puesto.

La leal tropa parte al sur “con gran disgusto de algunos oficiales y de no pocos soldados, que temían los rigores del clima malsano de la ardiente región”, asegura Zárate.

“Durante la marcha muchos abandonaron la bandera del regimiento, y al entrar éste en Toluca cometió varios desordenes”, continúa el historiador.

He ahí la columna vertebral del futuro Ejército Trigarante que dirigirá don Agustín, quien el 17 de diciembre le da una magnífica recepción en los altos del río Mezcala, donde instala su cuartel general. Sin perder tiempo, el comandante participa a los antiguos camaradas el proyecto de declaración de independencia.

Por respuesta recibe una mirada de asombro, y no es para menos, convendremos. Curiosamente, a continuación los de Celaya hacen un jubiloso acto para declararse incondicionales seguidores de la idea. ¿Qué les ha confiado en secreto su jefe para convencerlos de tan brutal giro, a ellos, famosos por su espíritu sanguinario contra los insurgentes y sus ruindades con cuantos se dejen? ¿Puede creerse en una súbita toma de conciencia? ¿Orilla el cansancio de diez años de guerra, a quienes hacen de la guerra profesión y gran oportunidad?

Otro tanto debemos preguntarnos de las segundas columnas de refresco que el “libertador” pide: las del rudo cuerpo de caballería de Frontera, que también militó bajo sus órdenes en el Bajío. La duda se extiende al propio Iturbide, y en todos los casos el sentido común obliga a una respuesta: nada mejor que usar el conflicto armado para los personales intereses.

Por lo demás, ¿cómo es que el hombre al cual, apenas en mayo pasado, los de La Profesa traían de la nada para introducirlo en su proyecto, urdió el nuevo, muy completo? ¿Cuán nuevo es el plan, por cierto? ¿Considera ya atraerse a

Guerrero? El 26 de noviembre le escribe al caudillo suriano la altanera nota de un militar realista que lleva una década queriendo comerse vivos a los insurgentes: “Recibí la atenta nota de usted (...) y por ella veo que no está usted dispuesto a deponer las armas y sí a continuar la campaña que inició el cura Hidalgo. Ojalá que pasando otros días, uno u otro quede convencido de la justa causa que nos conduce a batirnos en los campos de batalla”.

El 22 de diciembre lanza contra don Vicente y Ascencio una campaña en toda la regla, y en días sufre dos duros reveses. Pero las cosas siguen obrando misteriosamente a favor del teniente coronel. En el más peligroso momento, pues el sur se enciende con una fuerza desconocida desde el fin de los ejércitos de Morelos, alguien en el gobierno de la Nueva España ordena el traslado a Acapulco, de los caudales que producto harán posible la continuación del tráfico mercantil con Filipinas.

Apodaca no está de acuerdo, por el obvio riesgo que corre el cargamento, sin embargo cede ante la confianza que se manifiesta alrededor suyo. Entre otros, le ofrecen seguridad, ni más ni menos, los comisionados del comercio de Manila. Uno de ellos, amigo de don Agustín, estuvo activo en La Profesa y se le encargó el viaje a Guadalajara para una entrevista con uno de los mayores contrarios al movimiento insurgente, el obispo Cabañas, que luego declarará emperador a Iturbide.

Casualidades aparte, el responsable de la custodia del tesoro con destino a Acapulco es el mismo Iturbide, quien al esparcirse rumores en la capital sobre la caída de aquél en manos de los rebeldes, lo niega. La verdad es que

se lo ha quedado él, para sufragar los gastos de su “santa cruzada”, como la empieza a llamar.

Por lo demás, hasta aquí Agustín no probó que obra siguiendo patrióticos motivos, y según sus propias palabras, el destino previsto para al menos una parte de esos dineros, revela una visión deleznable en un militar: se debe “distribuir la moneda con prudente liberalidad”, afirma, “pues por ella aventuran los hombres sus vidas y hacen esfuerzos que no practicarían por algún otro estímulo”.

De seguro tiene en mente a las amadas columnas que hace traer. ¿A ello se debe, en alguna medida siquiera, el gusto con el cual aquéllas reciben la extraña propuesta para traicionar a su gobierno? Bueno, no seamos tan duros con el teniente coronel: otra porción de esos recursos ha de servir para el cumplimiento de la tarea que de manera oficial se le encargó: la liquidación de los rebeldes.

Incluso si a pesar de las obvias señales de la fuerza adquirida por estos, Iturbide confía en reducir a los insurgentes a poca cosa; la clave para que prospere el plan concebido por Monteagudo y compañía, o por él a solas, conforme se nos afirma, es el tiempo. La mejor forma de ganarlo está en una jugada prevista por el virrey: ofrecer el indulto a Guerrero.

El 10 de enero de 1821 éste recibe una nueva carta de su contrario, en un tono absolutamente distinto al anterior. En ella Agustín inicia con un estilo abominable, si se piensa en lo que ha dicho y hecho: “Las noticias que ya tenía del buen carácter e intenciones de usted me estimulan a tomar la pluma en favor de usted mismo y del bien de la patria”. Luego suelta frases que son de risa loca: “Sin andar

con preámbulos, que no son del caso, hablaré con la franqueza que es inseparable de mi carácter ingenuo. Soy interesado como el que más, en el bien de esta Nueva España, país en que, como usted sabe, he nacido, y debo procurar por todos los medios su felicidad”.

Viene luego la mentira vil: “Usted está, en él caso de contribuir a ella de un modo muy particular, y es cesando las hostilidades y sujetándose con las tropas de su cargo a las órdenes del gobierno; en el concepto de que yo dejaré a usted el mando de su fuerza, y aun le proporcionaré algunos auxilios para la subsistencia de ella”. Estas últimas proposiciones se las saca de la manga, sabiendo que el virrey jamás las aceptará.

La explicación posterior revuelve hechos y deseos, sin aparentes pies ni cabeza: “Esta medida es en consideración a que, habiendo ya marchado nuestros representantes al Congreso de la Península, poseídos de las ideas más grandes de patriotismo y libertad, manifestarán con energía todo cuanto nos es conveniente; entre otras cosas, el que todos los hijos del país, sin distinción alguna, entren en el goce de ciudadanos, y tal vez que venga a México, ya que no puede ser nuestro soberano el señor don Fernando VII, su augusto hermano el señor don Carlos o don Francisco de Paula; pero cuando esto no sea, persuádase usted que nada omitirán de cuanto sea conducente a la más completa felicidad de nuestra patria. Mas si, contra lo que es de esperarse, no se nos hiciese justicia, yo seré el primero en contribuir con mi espada, con mi fortuna y con cuanto pueda a defender nuestro derecho...”

Decimos que la argumentación de Iturbide ni tiene sentido en apariencia, porque al menos uno de los dipu-

tados que representarán a la Nueva España en el congreso español, tiene el mismo propósito que pronto aquél hará público: la independencia de México bajo la forma de una monarquía presidida por un príncipe español. El hombre, Juan Gómez de Navarrete, tiene amistad y negocios con Iturbide y con otras personalidades de La Profesa.

Como sea, el teniente coronel termina la carta a don Vicente con una fantochada que no puede tragarse nadie con una mínima información sobre él: “y lo juro puede a usted y a la faz de todo el mundo, bajo mi palabra de honor de que usted fiar, porque nunca la he quebrantado ni la quebrantaré jamás”. En resumen, tira el anzuelo a Guerrero mientras se prepara a continuar combatiéndolo.

El caudillo responde categóricamente, con la corte-sía habitual: “Hasta esta fecha llegó a mis manos la atenia carta de usted (...) y como en ella me insinúa que el bien de la patria y el mío me han estimulado a ponérmela, manifestaré los sentimientos que me animan a sostener mi partido”. Y desarrolla las ideas de los independentistas dejando en claro que no son garantía alguna ni las cortes españolas ni menos Fernando VII, con cuya mención Iturbide pretende engañarlo:

“Todo el mundo sabe que (...) los diferentes Gobiernos de España (...) sólo pensaron en mantenernos sumergidos en la más vergonzosa esclavitud, y privarnos de las acciones que usaron los de la Península para sistemar su gobierno durante la esclavitud del Rey levantaron el grito de libertad bajo el nombre de Fernando VII, para sustraerse sólo de la opresión de los mandarines (...) Cuando llegó a maestra noticia la reunión de las Cortes de España, creímos

que calmarían nuestras desgracias en cuanto se nos hiciera justicia. ¡Pero qué vanas fueron nuestras esperanzas!

“...entonces reprochan con ultraje las humildes y justas representaciones de nuestros Diputados; entonces se burlan de nosotros y echan el resto a su iniquidad; no se nos concede la igualdad de representación, ni se quiere dejar de reconocernos con la infame nota de colonos (...) Perdimos la esperanza del último recurso que nos quedaba... ¿Y acaso ignora algo de cuanto llevo expuesto? ¿Cree usted que los que en aquel tiempo en que se trataba de su libertad y decretaron nuestra esclavitud, nos serán benéficos ahora que la han conseguido y están desembarazados de la guerra? Pues no hay motivo para persuadirse que ellos son tan humanos...”

En ese punto es él, Guerrero, y no Iturbide, como se pretende, quien lanza la red con la vaga espera de que las circunstancias hagan caer en ella al orgulloso teniente coronel:

“Concluyamos con que usted equivocadamente ha sido nuestro enemigo, y que no ha perdonado medios para asegurar nuestra esclavitud; pero si entra en conferencia consigo mismo, conocerá que siendo americano, ha obrado mal, que su deber le exige lo contrario, que su honor le encamina a empresas más dignas de su reputación militar, que la patria espera de usted mejor acogida, que su estado le ha puesto en las manos fuerzas capaces de salvarla y que si nada de esto sucediera, Dios y los hombres castigarían su indolencia. Estos a quien usted reputa por enemigos, están distantes de serlo, pues que se sacrifican gustosos por solicitar el bien de usted mismo; y si alguna vez manchan

sus espadas en la sangre de sus hermanos, mas la ignorancia de éstos, la culpa de nuestros antepasados, y la más refinada perfidia de los hombres, nos han hecho padecer males que no debiéramos, si en nuestra educación varonil nos hubiesen inspirado el carácter nacional. Usted y todo hombre sensato, lejos de irritarse con mi rústico discurso, se gloriarian de mi resistencia y sin faltar a la racionalidad, a la sensibilidad de la justicia, no podrían redargüir a la solidez de mis argumentos, supuesto que no tienen otros principios que la salvación de la patria, por quien usted se manifiesta interesado. Si inflama a usted, ¿qué pues, hace retardar el pronunciarse por la más justa de las causas? Sepa usted distinguir y no confunda. Defienda sus verdaderos derechos y esto le labrará la corona más grande; entienda usted: yo no soy el que quiero dictar leyes ni pretendo ser tirano de mis semejantes; decídase usted por los verdaderos intereses de la Nación, y entonces tendrá la satisfacción de verme militar a sus órdenes y conocerá un hombre desprendido de la ambición e intereses, que sólo aspira a sustraerse de la opresión y no a elevarse sobre la ruina de sus compatriotas.

“Ésta es mi decisión y para ello cuento con una regular fuerza disciplinada y valiente, que a su vista huyen despavoridos cuantos tratan de sojuzgarla; con la opinión general de los pueblos que están decididos a sacudir el yugo o morir, y con el testimonio de mi propia conciencia, que nada teme, cuando por delante se le presenta la justicia en su favor.

“Compare usted que nada me sería más degradante como el confesarme delincuente y admitir el perdón que

ofrece el Gobierno contra quien he de ser contrario hasta el último aliento de mi vida; mas no me desdeñaré de ser subalterno de usted en los términos que digo; asegurándole que no soy menos generoso y que con el mayor Placer entregaría en sus manos el bastón con que la Nación me ha condecorado.

“Convencido, pues, de estas terribles verdades, ocúpese usted en beneficio del país donde ha nacido, y no espere el resultado de los Diputados que marcharon a la Península; porque ni ellos han de alcanzar la gracia que pretenden, ni nosotros tenemos necesidad de pedir por favor lo que se nos debe de justicia, por cuyo medio veremos prosperar este fértil suelo y nos eximiremos de los gravámenes que nos causa el enlace con España...

“Si este sistema fuese aceptado por usted confirmaremos nuestras relaciones; me explayaré algo más, combinaremos planes y protegeré de cuantos modos sea posible sus empresas; pero si no se separa del constitucional de España, no volveré a recibir contestación suya, ni verá más letra mía. Le anticipo esta noticia para que no insista ni me note después de impolítico, porque ni me ha de convencer nunca a que abrace el partido del Rey, sea el que fuere, ni me amedrentan los millares de soldados con quienes estoy acostumbrado a batirme. Obre usted como le parezca, que la suerte decidirá, y me será más glorioso morir en la campaña, que rendir la cerviz al tirano...”

La respuesta de Iturbide viene en forma de una segunda ofensiva, en la cual vuelve a sufrir dos reveses más graves que los previos. Es en ese momento cuando se decide a aprovechar el ofrecimiento de Guerrero, no sin antes asesorarse con Juan José Espinosa de los Monteros, uno de

los conspiradores reunidos en el tribunal de la Inquisición. No hay pruebas sobre la contestación de este hombre. No las hay ni a favor ni en contra, así que continuemos con los hechos para buscar una factible conclusión.

El 4 de febrero Iturbide escribe al insurgente suriano.

“Estimado amigo: No dudo darle á Vd. este título, porque la firmeza y el valer son las cualidades primeras que constituyen el carácter del hombre de bien y me lisongo de darle á Vd. en breve un abrazo que confirme mi espresion. Este deseo que es vehemente, me hace sentir que no haya llegado hasta hoy á mis manos la apreciableísima de Vd. de 20 del próximo pasado; y para evitar estas morosidades como necesarias en la gran distancia, y adelantar el bien con la rapidez que debe ser, envío á Vd. al portador, para que le dé por mí las ideas que seria muy largo de explicar con la pluma; y en este lugar solo aseguraré á Vd. que dirigiéndonos Vd. y yo á un mismo fin, nos resta únicamente acordar por un plan bien sistematado, los medios que nos deben conducir indubitablemente y por el camino mas corto. Cuando hablemos Vd. y yo se asegurará de mis verdaderos sentimientos.

Para facilitar nuestra comunicación me dirigiré luego á Chilpancingo, donde no dudo que Vd. se servirá acercarse, y que mas haremos sin duda en media hora de conferencia, que en muchas cartas”.

A continuación Agustín miente al virrey, doblemente, pues presume que tiene la guerra bajo control:

“Tengo la satisfacción de decir a V. E. que D, Vicente Guerrero se ha puesto a mis órdenes, y por consiguieren-

te a las de V. E., con 1.2 hombres armados, en los que incluyen las partidas de Álvarez y otras pequeñas, a consecuencia de los pasos de que he dado...”

De ese modo Guerrero, con el aval de sus compañeros, hace una apuesta arriesgada, pues es de esperar un brutal incremento de las fuerzas enviadas contra ellos y los pueblos, que desde 1810 no paran de sufrir las consecuencias de la guerra. Se trata de una apuesta calculada, sin embargo, considerando que apoyados por las tropas de Iturbide, cuyo número y, sobre todo, cuyo armamento, son muy superiores a los de los rebeldes, hay condiciones para romper el cerco al sur por primera vez desde la desaparición de Morelos.

¿Puede confiar en Iturbide? Pareciera que no tiene forma de asegurarlo, pero incluso sin el conocimiento de cuanto aquél fragua a oscuras con una imprecisa parte de la cúpula virreinal, el sureño sabe que aquél no tiene vuelta atrás, tras la sustracción de los caudales destinados a la Nao de China. Y más tranquilo estaría en ese aspecto, si intuyera la extraña actitud que asumirá el comandante de las nuevas divisiones a quienes se ordena atacarlo, y leyera los falsos informes de Agustín para tranquilizar al virrey:

“Se convino por supuesto en poner en práctica la más activa diligencia para que en iguales términos se presentasen las partidas de Ascencio, Montes de Oca, Guzmán, etc., con cuantos andan de aquí hasta Colima...”

Nadie está en capacidad de predecir lo que sucederá en adelante, y menos Guerrero, Ascencio y los demás, que no andan en las componendas de Iturbide a las cuales nos asomaremos enseguida. Cuando se produce el encuentro

Jorge Belarmino Fernández
que pasará a la historia como *el abrazo de Acatempan*, don Vicente cuida mantenerse en segundo plano. De seguro lo hace por dar confianza a su nuevo aliado, y también por las dudas sobre éste y sobre los caminos que la lucha independentista adquirirá a partir de ahí.

A todo está preparado el jefe insurgente, fuera de traicionarse a sí, a los líderes guerrilleros bajo su mando, y a las estoicas comunidades de la región. No nos extrañe entonces que cada vez se oculte al aplauso público, comenzando por la firma del Plan de Iguala.

VII

El Plan de Iguala

La historia siempre está sujeta a nuevas investigaciones e interpretaciones. Como muchos otros momentos en el pasado de México, y a pesar de que fue tratada por grandes historiadores, la consumación de la independencia debe revisarse a fondo. Se debe hacer desde sus orígenes, que bajo cierta perspectiva resultan muy sospechosos.

Los historiadores dan por sentado que Iturbide forja a solas el proyecto reflejado en la unión con Guerrero y en el Plan de Iguala. Vimos antes cómo el teniente coronel parece consultar sus primeras acciones con Juan Espinosa de los Monteros, uno de los conspiradores de La Profesa.

Estos miembros de los sectores más poderosos de la colonia, incluido quizás también el de los grandes comerciantes¹, que se atrevieron a la organización de un golpe de
1 Es difícil hacer afirmaciones categóricas sobre una conspiración que borró toda prueba de sus actuaciones. Pero puede presumirse la presencia en ella de uno de los más importantes miembros del Consulado, órgano donde se agrupan los grandes comerciantes: su prior, el conde De la Cortina.

Estado, manifestarán públicamente su desacuerdo con las maquinaciones de Iturbide. El hecho es que a pesar de su enorme fuerza política, no los vemos intervenir después en acciones concretas.

Como sea, asombra la coincidencia de los presuntos objetivos de la conspiración, con los artículos del Plan de Iguala:

“4ª Fernando VII, y en sus casos los de su dinastía o de otra reinante serán los emperadores...

“14ª El clero secular y regular, (será) conservado en todos sus fueros y propiedades.”

Dentro de unos años circulará una carta atribuida a Fernando VII. Hay quienes la desmienten, aunque forma parte del archivo personal del virrey Apodaca. Está escrita por un monarca que en su palacio se siente un virtual prisionero, de las cortes y de la constitución representada por ellos:

“Mi querido Apodaca: Tengo noticias positivas de que vos y mis amados vasallos los americanos, detestando el nombre de Constitución, sólo apreciáis y estimáis mi real nombre; éste se ha hecho odioso en la mayor parte de los españoles...

“... para que yo pueda lograr de la grande complacencia de verme libre de tales peligros (...); y de la de poder usar libremente de la autoridad que Dios tiene depositada en mí, os encargo (...) pongáis de vuestra parte todo el empeño posible (...) para que ese reino quede independiente de éste ; pero, cómo lograrlo, sea necesario valerse de todas las inventivas que pueda sugerir la astucia (...) a vuestro cargo queda el hacerlo con la perspicacia u sagacidad de

que es susceptible vuestro talento (...); que en el entretanto yo meditaré el modo de escaparme de incógnito y presentarme cuando convenga” en la Nueva España.

En verdad lo dicho allí deja con la boca abierta. No olvidemos sin embargo, que el rey está dispuesto a inusitadas cosas y trabaja el apoyo de la Santa Alianza, constituida por el Zar de Rusia, los emperadores de Austria y Prusia y los reyes de Inglaterra y Francia, para defender el viejo orden. Gracias a ella en 1823 la monarquía absoluta volverá a España.

En todo caso, ciertamente Iturbide ni nadie más en el reino tendría modo de conocer la carta de aquél a Apodaca. Carta que, aclaremos, de existir, recibió una airada contestación negativa del virrey.

Dejemos el resbaladizo tema para volver al estrecho vínculo entre el Plan de Iguala y las metas perseguidas por Matías Monteagudo y el resto de La Profesa. El documento llama a la formación de una Junta Gubernativa, que gobierne mientras la casa real española resuelva quién será el monarca del país independizado.

Al redactar el Plan, Iturbide envía notas al virrey y otras personalidades, proponiéndole los siguientes nombres para la formación de la Junta: el propio Apodaca en calidad de presidente; como segundo, Miguel Batailler, cabeza de la Audiencia, la institución de mayor peso luego del virrey, y desde 1808 la más dura opositora a cualquier cambio; Miguel Guiridi y Alcocer, parte del clero recalcitrante; el conde De la Cortina, prior del Consulado, órgano representativo de los grandes comerciantes; Ignacio Arriengoa, coronel graduado y rico comerciante de la Ciudad

de México; los mismísimos Matías Monteagudo y Juan José Espinosa de los Monteros, y otros oidores y funcionarios del más alto nivel.

Iturbide se esmera también en ganarse a los militares y los funcionarios:

“15a. Todos los ramos del Estado y empleados públicos, subsistirán como en el día, y sólo serán removidos los que se opongan a este plan, y substituidos por los que más se distingan en su adhesión, virtud y mérito...

“17a. Este ejército observará a la letra las ordenanzas; y sus jefes y oficialidad continuarán en el pie en que están, con la expectativa no obstante a los empleos vacantes, y a los que se estimen de necesidad o conveniencia.

“18a. Las tropas de que se componga, se considerarán como de línea y lo mismo las que abracen luego este plan; las que lo difieran y los paisanos que quieran alistarse, se mirarán como milicia nacional, y el arreglo y forma de todas, lo dictarán las Cortes.”

Algunos de los comprometidos en La Profesa que con el Plan reciben el llamado de Iturbide, reaccionan públicamente con franca hostilidad. Es comprensible: quien debía serviles de pieza en su obra, se autoproclama director de escena. No obstante, hay dudas sobre la coautoría del nuevo proyecto y sobre los nexos que Agustín mantiene con sus antiguos patrones.

VIII

El Ejército Trigarante

Al observar en un mapa la campaña del ejército de las tres garantías, sorprende el relativamente corto espacio terri-

El comandante de Acapulco corre a presentarle sus respetos, sin tomar providencias para una posible acción contra el puerto, que se produce a través de dos fragatas venidas de otras colonias españolas, a las cuales resulta pan comido retomar la ciudad. Con ello quitan al nuevo jefe independentista una fuente financiera inestimable.

Si Agustín no es capaz de cumplir ni el pequeño objetivo de arranque, sus “fieles” oficiales dudan de la causa toda y algunos lo abandonan. Se diría pues que el Plan de Iguala quedará en el papel. Pero vuelven a producirse acontecimientos inconcebibles, conforme a la lógica de los años previos.

De entrada sucede algo en apariencia absurdo en términos militares, de autoridad política y comportamiento personal. Para la colonia no hay quien resguarde el sur donde se fragua la nueva amenaza, y hay inmediatas órdenes del traslado de una gran columna.

A ésta la conduce el mariscal de campo Liñán, curtido en la batalla como pocos. Pero no se mueve de las afueras de la capital, a pesar de la repetidas, apremiantes conminaciones del virrey. Hay allí un acto de insubordinación sin precedente y aprovechándolo, Iturbide marcha libre por la Tierra Caliente en dirección al Bajío, que es la zona que mejor conoce y un punto neurálgico.

Mientras él cubre el camino hasta el centro de Michoacán, otros, con quienes no tiene nexos directos ni indirectos, avanzan en la caída del régimen. Las iniciales tienen como escenario la intendencia de Veracruz, donde desde un año atrás la inmensa mayoría de los habitantes está a favor de romper con España.

Ya apenas en marzo, patriotas civiles convencen a una parte de los soldados de Xalapa de ir a la lucha, y en días amagan la villa. El resto de los regimientos realistas se les suma. En Perote, un tanto igual hace José Joaquín de Herrera, teniente coronel en retiro. En camino al centro sur de la provincia las guarniciones de los puntos que atraviesa se le agregan, y con noticia de que el cura de Actopan lo imita y avanza hacia a Orizaba, decide apoyarlo.

A este último punto acude Antonio López de Santa Anna, un militar en ascenso, quien luego de sitiar a los nuevos insurgentes, negocia con ellos y acepta sus brazos abiertos. A continuación los realistas de Córdoba se rinden, y Guadalupe Victoria completa el prometedor panorama veracruzano, abandonando la selva luego de cuatro años.

Otro antiguos compañeros de Morelos y de la Junta de Jaujilla, amnistiados, vuelven a las armas: Nicolás Bravo, Ignacio López Rayón, José María Bustamante... El primero cumple con la encomienda de Guerrero y toma Izúcar, abriendo las puertas hacia el corazón del país. Los demás actúan en el Bajío, principalmente, y la intendencia de Guanajuato, con su entera dotación de soldados virreinales, cambia de causa.

De modo que en abril, gracias a triunfos en los cuales no tuvo participación, Iturbide dispone de un área por la cual Morelos habría dado el alma. Entretanto él, dejando el sur en custodia a su lugarteniente y a Guerrero, toma rumbo al camino al Bajío, que es la zona que mejor conoce y un centro neurálgico. Va por la tierra caliente michoacana, sin encontrar obstáculo.

En un lado se le unen los que de súbito cambian de bandera, y en el próximo recibe el apoyo de los viejos insu-

reccionados. A cambio de la ausencia de acciones bélicas, dispone medidas que los pueblos reciben con alegría: el licenciamiento de los soldados de leva y la reducción de la alcabala, el impuesto civil más gravoso. De esa manera su ejército engrosa.

Tras más o menos pequeños encuentros en el centro de Michoacán, que no protagoniza, Iturbide consigue verse con dos de los más recalcitrantes rangos superiores del ejército colonial, responsables de Guadalajara y las áreas alrededor: Cruz y Negrete. Convienen una especie de acuerdo de no agresión, y el Trigarante se presenta en Valladolid. Habla con comisionados del Ayuntamiento, los convence, y en la última semana de mayo el comandante de la plaza accede a negociar y termina por sumarse a la insurrección.

Es el anuncio de casi cuanto sucederá en adelante en la campaña, que de ese modo reúne cada vez más oficiales, soldados y recursos materiales. Entretanto, Negrete se pronuncia por la independencia y arrastra con él a otros, de modo que la provincia de Guadalajara en su totalidad queda en manos de los nuevos independentistas.

Cruz, por el contrario, se mantiene leal al gobierno y en el paso a Durango pierde a gran parte de sus fuerzas, contagiadas por los virreinales de Zacatecas, que proclaman también por la independencia. Con el restante debe ceder al ataque de su hasta ayer amigo Negrete.

Bustamante rinde a San Juan del Río, amenaza la ciudad de Querétaro e Iturbide lo alcanza para aprovechar los avances. En apoyo de los realistas, Apodaca envía a las divisiones de San Luis Potosí, pero luego de un enfrentamiento éstas ceden a los ofrecimientos enviados por Agustín, y el defensor de Querétaro las imita.

De modo que en la campaña trigarante los derrotados resultan la excepción, pues luego de los primeros amagos ceden pasándose al lado del triunfador. Entretanto los gobiernistas pierden Toluca tras una ruda batalla y Santa Anna, luego de grandes dificultades, se hace del puerto de Veracruz.

Para entonces la desesperación endurece virrey, con medidas como la vuelta al control de la prensa. Forma una Junta de Guerra para detener la debacle y no consigue sino que cuerpos enteros de las tropas capitalinas deserten. Está claro, el régimen se desmorona, y los oficiales de rango medio de la ciudad amagan el palacio que durante tres siglos presidió la vida en la colonia, exigiendo la renuncia de Apodaca.

Éste cede y lo suple el primer mando militar a la mano, mientras Nicolás Bravo ocupa Pachuca y Tulancingo y sitia Puebla en unión con otros. Lo que viene enseguida convalida la situación general, muestra el lado de la balanza al cual se inclinó la Iglesia y hace de Iturbide un firme candidato a dirigir el imperio ofrecido a Fernando VII o uno de descendientes.

Todo obra a favor suyo: por sí misma la provincia de Oaxaca pertenece ya a la causa independentista, y el capitán de las regiones del noreste, desde la costa del Golfo a Nuevo León, hace lo propio. Así el jefe del trigarante ha marchado muy seguro de sí mismo a Cuernavaca, cuyos defensores “ni por un momento pensaron en resistir”. Luego, asegurando Cholula llega a la capital poblana en el momento preciso para terminar la obra de Bravo y los demás, convenciendo al comandante encargado.

Entra triunfalmente en la ciudad sin rastro de sangre en las ropas, pues ni lo ha querido ni lo necesitó, de

modo de aparecer, justamente, como un garante de la paz y el orden, más que un insurrecto. El obispo de la diócesis, Antonio Pérez, está encantado con él y le abre la catedral para un gran acto simbólico.

Se jura allí la independencia y Pérez, con viva emoción, recita una pieza oratoria del gusto más cursi: describe a la Nueva España como una avecilla que nació con la Conquista y ahora, robusta, quiere emprender el vuelo. Dios quiere, dice, que sea el mejor de los hombres quien la ayude a alcanzar el cielo.

Según Julio Zárate, es ese día cuando en Iturbide, en el alto clero y el resto de las clases dominantes, aparece la idea de una monarquía presidida por aquél. Poco después, la conquista de la antigua Tenochtitlán confirma la simpatía con la cual cuenta Iturbide entre la “gente de bien”.

IX

La independencia

Muchas cosas se transformaron durante más de una década de guerra. Quizás la principal es la constatación de que España no puede sostener el dominio de estas tierras, sin los ejércitos y los recursos económicos de la propia colonia. De las decenas de miles de soldados realistas y el impreciso, alto número de oficiales que las han comandado, sólo menos de seis mil fueron enviadas por los gobiernos de Madrid, y las enormes cantidades de dinero, alimentos y transportes para armarlos y proveerlos de lo necesario, salieron de aquí.

El levantamiento encabezado por Iturbide tiene la virtud de hacer conciencia de ello, y sin duda es una de las

dos explicaciones sobre la facilidad con que cambian de bandera quienes antes sostenían el virreinato. En la otra razón hay oscuridad pura: para casi todos los grandes grupos de poder novohispano, los cambios en la metrópoli atentan contra sus privilegios, y para que las cosas sigan igual, deben cambiar.

Pero el origen y el sostén de todo a lo largo de esos diez años es lo iniciado por Hidalgo y Morelos, y a él debe el país un proyecto de república y de real transformación social. El costo ha sido gigantesco y aun así, como vimos, el avance de las columnas de Agustín “el libertador” resulta inconcebible sin el regreso a la lucha de Nicolás Bravo, Bustamente, Victoria y otros antiguos independentistas. Y, sobre todo, por la presencia de Guerrero y los suyos.

Iturbide se puede mover con libertad por el centro del país, en buena medida gracias a que no debe preocuparse por el sur, desde donde además la insurrección le conquista los territorios próximos a Izúcar, dentro ya de la provincia de Puebla, cuya capital deja en disposición de atacar, y de Cuernavaca.

En esta ciudad y en la contigua población de Teacala se producen las últimas batallas de Pedro Ascencio. La forma en que muere el guerrillero refleja el brutal contraste entre la más o menos tranquila campaña iturbidista y las libradas por los insurgentes a lo largo de diez años. Ascencio ataca aprovechando que las mejores tropas salieron hacia Acapulco, donde las ocupan otras fuerzas al mando de Guerrero.

Los realistas lo odian y envían a todos los elementos a disposición, incluyendo peones de las haciendas. El rebel-

de hace tres entradas por las calles del Tepeaca, lo rechazan cada vez y vuelve al próximo día. Cuando cree triunfar, a sus espaldas cae la guarnición de Cuernavaca. Apoyado en “un pequeño cuerpo de caballería y algunos hombres de a pie, lo acometieron con tal violencia que nadie tuvo tiempo de hacer uso de las armas de fuego, empenándose el combate con armas blancas”, dice quien resumió los hechos.

Pedro queda a solas entre una docena de enemigos y un capataz lo asesina a machetazos por la espalda. Al poco la cabeza del insurrecto cuelga en la plaza de Cuernavaca, mientras las fuerzas de Iturbide son bendecidas en la misa de la catedral poblana, donde la mejor sociedad se da cita.

Todo allana en verdad el camino del jefe del Ejército Trigarante, quien a principios de en agosto corre al puerto de Veracruz, adonde llega el nuevo encargado por Madrid de dirigir a la Nueva España. De hecho ésta, desde la jura de la constitución por Apodaca, dejó de considerarse por las cortes españolas como una colonia y al menos en el papel representa una provincia más del reino que así deben formar juntos la península y los antiguos virreinos de América. De modo que quien viene a dirigir estas tierras lo hará en calidad de Jefe Político Superior y no de virrey.

El designado es un personaje fuera de lo común. Se llama Juan de O'Donojú, tiene el grado militar más alto y en 1812, tras apoyar el fin de la monarquía absoluta, recibió el nombramiento de ministro de la guerra. Cuando llega al gran puerto veracruzano se le informa de los incontenibles avances de la revuelta y toma una decisión asombrosa, para la cual no tiene atribuciones. De ella informa a Iturbide:

“...admití las honras del gobierno (...) sin otra ambición que la de adquirirme el amor de estos habitantes (...) no consolidando el despotismo, no prolongando la dependencia colonial, ni incurriendo en las funestísimas debilidades de muchos de mis antecesores, combinados por un sistema de gobierno que se resentía del barbarismo de los siglos en que se estableció...”

El funcionario expresa allí su satisfacción por los nuevos sucesos en la Nueva España, y se dice dispuesto a un acuerdo en el cual se reconozca la independencia. Días después tiene un encuentro con Agustín, en Córdoba, Veracruz, donde firma un tratado que las cortes deberán corroborar después. Los siguientes son los puntos más destacados del documento:

“I. Esta América se reconocerá por nación soberana e independiente, y se llamará en lo sucesivo *Imperio Mexicano*.

“II. El gobierno del Imperio será monárquico constitucional moderado.

“III. Será llamado a reinar en el Imperio mexicano (previo juramento que designa el artículo 4° del plan), en primer lugar el señor don Fernando VII, rey católico de España; y por su renuncia o no admisión, su hermano el serenísimo señor infante don Carlos; por su renuncia o no admisión, el serenísimo señor infante don Francisco de Paula; por su renuncia o no admisión, el serenísimo señor don Carlos Luis de Borbón Parma, infante de España (...) y por renuncia o no admisión de éste, el que las Cortes del Imperio designen...

“VI. Se nombrará inmediatamente, conforme al espíritu del Plan de Iguala, una junta compuesta de los pri-

meros hombres del Imperio por sus virtudes, por sus destinos, por sus fortunas, representación y concepto...”

Como apreciamos, O’Donojú reconoce uno a uno los grandes objetivos del documento lanzando en Iguala por Iturbide, y en los primeros días de septiembre, el trigarante avanza hacia la Ciudad de México a culminar la obra, convertido en el mayor ejército en la historia de estas tierras: dieciséis mil efectivos. Reunido en Azcapotzalco para la batalla que abrirá las puertas de la capital, su comandante recibe a los notables cuyas magníficas casonas engalanan la vista del valle.

A la cabeza de ellos marcha una porción significativa de la nobleza colonial, y todos son recibidos con honores por Agustín, quien nombra algunos como ayudantes para la inmediata acción: el marqués de Salvatierra, los condes de Peñasco y de Regla... Iturbide no quiere enemistarse ni con los últimos en resistir, representados por la pequeña partida de militares reticentes hasta al cambio de fachada. De convencerlos se encarga O’Donojú, el liberal virrey que renunció a su cargo y que consulta ahora a una colección de siniestros u oscuros personajes. Entre ellos, acompañando al arzobispo, máxima autoridad de la Iglesia, están famosos conspiradores de La Profesa: Matías de Monteagudo, los oidores Yáñez y Osés y el conde De la Cortina.

“El libertador” triunfa en la batalla y en su cabeza continúa fraguándose una interpretación muy apropiada para él y socios que lo acompañan: la ciudad está en condiciones de declarar la independencia, en la misma fecha que dio inicio al movimiento insurgente: el dieciséis de septiembre. Hay en ello un claro, hipócrita mensaje: lo iniciado

Jorge Belarmino Fernández
como una sangrienta locura, termina en el ejercicio de orden y sensatez que debió ser siempre.

El mensaje es doblemente mentiroso pues México no conquistó la real independencia, en la medida que la separación de España espera ahora por un príncipe español para dirigir los destinos del país. Es así, de acuerdo a los tratados de Córdoba y a la ceremonia tras la toma de la ciudad, en la cual se dan cita la alta jerarquía eclesiástica y los grandes poderes económicos que gobernaron al país a lo largo de tres siglos.

Comedia de equivocaciones, se llama en el teatro a una situación de ese tipo, y observada a la distancia, como en nuestro libro, invita a desternillarse de risa. Todo produce carcajadas, también la proclama pública de Iturbide al recibir el 27 de septiembre las llaves de la capital, asegurando que sus soldados pelearon “casi desnudos”.

En realidad, de respetarse el proyecto y las instrucciones de la Junta Gubernativa provisional en la cual se deposita el poder, en dos años volveremos a una variante de la vieja historia. Para entonces, en 1823, Felipe VII dará en Madrid otro golpe de Estado restaurando la monarquía absoluta. ¿Qué vendría a continuación?, ¿el regreso del imperio mexicano al imperio español?

¿Apuesta a éste futuro la Junta interina designada, entre otros, por el propio Iturbide, el obispo de Michoacán y un miembro de la Audiencia que, recordemos, es la segunda autoridad del virreinato? Seguramente no, pues carece de una mágica bola de cristal y ha de atenerse a los hechos en curso.

En cualquier caso, al nuevo órgano gubernativo no se invita a Guerrero ni a nadie más de los viejos insurgen-

Azcapotzalco 1821

tes. Se trata de una vil traición a lo negociado con don Vicente en el abrazo de Acatempan y a quienes colaboraron de manera decisiva en la victoria del trigarante.

X

Epílogo

Al poco de los acontecimientos que se acaban de relatar, con trampas Iturbide se declara emperador de México. Así lo previó desde la ceremonia en la catedral de Puebla, de la cual hablamos en su momento. Eso dirán después él y sus amigos. Esta vez seguramente no nos engañan. El siniestro personaje entiende cuán absurda o poco viable es la presentación en México de Fernando VII, de su hermano Carlos o de algún miembro más de la familia real española.

Concibe por ello el auténtico paso a una independencia de pacotilla o de mal chiste. Tan tonto es el imperio de quien se hace llamar Agustín I, que seis meses después cae por los suelos. En ese momento queda claro cuán importante fue la decisión de Guerrero y de los insurgentes que no dudaron en seguir el Plan de Iguala, a pesar de lo allí declarado.

Se proclama la República y Guadalupe Victoria es electo primer presidente. Las conmovedoras masas populares siguiendo a Hidalgo, las gloriosas campañas de Morelos, la aventura de Mina y Pedro Moreno y la terca resistencia de Guerrero y sus compañeros, no fueron en balde.

Por desgracia, inevitablemente y debido a personajes como Iturbide, el futuro de las tres próximas décadas es terrible. Sólo lo salvarán los herederos de la insurgencia, a partir de la Reforma.

Jorge Belarmino Fernández.

Nacido en la Ciudad de México en 1947, ha sido organizador sindical, periodista, historiador, guionista de radio y televisión, y colaborador de varias revistas culturales. Es autor, entre otras obras, de **Cuestión de Sangre**, dedicada a la intervención estadounidense en nuestro país, y **Buscando a Belarmino Tomás**, su abuelo, dirigente minero y gobernador de su provincia durante la Guerra Civil Española. Forma parte del equipo de Para Leer en Libertad, e imparte charlas sobre historia en comedores comunitarios, tianguis de libros, preparatorias...

Descarga todos los libros que hemos publicado en:

www.brigadaparaleenlibertad.com

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.
- 30. Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
- 31. El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.

- 32. Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 33. López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
- 35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
- 36. ¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
- 37. El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
- 38. Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
- 39. Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 40. Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
- 41. La chispa**, de Pedro Moctezuma.
- 42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
- 43. El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
- 44. Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
- 45. Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
- 46. Fraude 2012**. Antología varios autores.
- 47. Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.

- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de mayo de 2013.

Es cortesía de la Delegación Azcapotzalco y
Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.